

Débora: justicia y consejo

1. Getting Ready! Preparación

Antes de comenzar la sesión es importante *ambientar* la sala. En el centro, colocamos una *biblia abierta* por el libro de los Jueces, cap. 4. No vamos a leer palabras humanas, sino que ¡*Dios mismo nos habla!* Por esta razón os proponemos la siguiente dinámica:

- *Invocad al Espíritu Santo* con la siguiente oración:

Ven, Espíritu Santo,
Llena los corazones de tus fieles
y enciende en ellos
el fuego de tu amor.
Envía, Señor, tu Espíritu.
Que renueve la faz de la Tierra.

Oración:

Oh Dios, que llenaste los corazones de tus
fieles con la luz del Espíritu
Santo; concédenos que,
guiados por el mismo Espíritu,
sintamos con rectitud y
gocemos siempre de tu consuelo.
Por Jesucristo Nuestro Señor. Amén.

- *Haced sonar o cantad:* “Jesús, eres digno de alabar” (si no hay nadie que cante, usad cualquier dispositivo de amplificación):
- <https://www.youtube.com/watch?v=3SgFCoRwP4A>
- Mientras *suena la canción*, pasaos la Biblia unos a otros. El modo es el siguiente: uno toma la biblia abierta, *cierra sus ojos* y *reza unos segundos* con ella entre las manos. Le pide a Dios luz para conocer su voluntad, que su Palabra le ilumine. Seguidamente *besa* la página de Jueces 4 y pasa la Biblia al que está a su derecha.
- Mientras esto sucede, el resto del grupo reza en su interior por aquella que está sosteniendo la Biblia. Cada una *intercede* por su compañera pidiéndole a Dios que abra su corazón a la acción del Espíritu.
- El último que realiza el gesto de rezar con la Biblia entre sus manos *entroniza* la Palabra en el centro del salón y la música cesa.
- Se *enuncia* el título de la sesión (la virtud de la justicia y el don de consejo) y, antes de proclamar la Palabra, se dan una breves pinceladas sobre quién fue Débora.

2. Taking a look! Débora y su tiempo

Tras el éxodo de Egipto, las doce tribus de Israel se asentaron en la Tierra Prometida. Sin embargo, este período se caracterizó por una profunda crisis. Los pueblos cananeos que habitaban la tierra acosaban a Israel, que era una nación mucho más pequeña. Les robaban la comida, saqueaban sus poblados y cosechas. Israel sólo podía ocupar las zonas montañosas, llenas de peñascos, mientras que los valles y terrenos más fértiles escapaban a su dominio. Esto provocaba hambre y continuas carestías. Además, cada

una de las tribus de Israel era semi-autónoma, de modo que carecían de unidad central y capacidad organizativa para contrarrestar los ataques de la población cananea. La situación era de completo caos. Por si fuera poco, se añadía un problema interno: la idolatría. Los pueblos cananeos que les rodeaban ejercían también una influencia cultural enorme. Al igual que nos sucede actualmente con la ideología de género, New Age y otras corrientes que propagan el indiferentismo religioso, el Israel de entonces se sentía tentado de abrazar “las ideas” de los pueblos vecinos y asimilarse culturalmente a ellos. En resumen, las tribus estaban a punto de ser aniquiladas militarmente y, lo que es más grave, a punto de perder su fe en el único Dios. Tal y como sucede hoy en Europa, se estaban jugando su *identidad*. Pero por suerte, en los momentos más críticos y cuando parecía que todo se iba a desmoronar, Dios suscitaba líderes carismáticos para salvar a su pueblo. Hacían de todo, eran polifacéticos. Tan pronto los vemos reunir ejércitos para defender a las tribus de Israel, como impartir justicia, dar consejos, predicar la conversión o destruir altares idolátricos. Los conocemos por el nombre de “jueces” (‘sofetim’ en hebreo). El caso más interesante es el de... ¡una mujer!

3. **Down to the text!** ¿Quién fue Débora? (Jc 4,1 – 5, 31)

“Los hijos de Israel volvieron a obrar mal a los ojos del Señor, después de la muerte de Ehud. Y el Señor los vendió a Yabín, rey de Canaán, que reinaba en Jasar. El jefe de su ejército era Sísara, que habitaba en Jaróset Goyín. Los hijos de Israel clamaron al Señor, pues Sísara tenía novecientos carros de hierro y había oprimido con dureza a Israel a lo largo de veinte años.

Débora, era la profetisa, mujer de Lapidot, juzgaba a Israel por aquel tiempo. Se sentaba bajo la palmera de Débora, entre Ramá y Betel, en la montaña de Efraín, y los hijos de Israel subían allí al juicio.

Mandó llamar a Barac, hijo de Abinoán, de Cadés de Neftalí, y le dijo: <<El Señor, Dios de Israel, ha ordenado lo siguiente: “Ve, haz una convocatoria en el monte Tabor, y toma contigo diez mil hombres de Neftalí y Zabulón. Yo te atraeré hacia el torrente quisón a Sísara, jefe del ejército de Yabín, con sus carros y su tropa, y lo entregaré en tu mano”>>. Barac contestó: <<Si vienes conmigo, iré, pero si no vienes conmigo, no iré>>. Ella dijo: <<Iré contigo, solo que no te corresponderá la Gloria por la expedición que vas a emprender, pues el Señor entregará a Sísara en mano de una mujer>>.

Débora se levantó y fue con Barac a Cadés. Barac convocó a Zabulón y a Neftalí en Cadés. Diez mil hombres subieron tras sus pasos, y también Débora subió con él.

Jéber, el quenita, se había separado de Caín, de los hijos de Jobab, suegro de Moisés. Y había desplegado su tienda junto a la encina de Saanayin, cerca de Cadés. Le informaron a Sísara que Barac, hijo de Abinoán, había subido al monte Tabor. Y reunió todos sus carros, novecientos carros de hierro, y a toda la gente que estaba con él, desde Jaróset Goyín al torrente Quisón. Entonces Débora dijo a Barac: <<Levántate, pues este es el día en que el Señor ha entregado a Sísara en tu mano. El Señor marcha delante de ti>>.

Barac bajó del monte Tabor con diez mil hombres tras él. El Señor desbarató a filo de espada a Sísara, a todos los carros y a todo el ejército ante Barac. Sísara bajó del carro y huyó a pie, mientras Barac persiguió a los carros y al ejército hasta Jaróset Goyín. Todo el ejército de Sísara cayó a filo de espada, sin que se salvara ni uno,

Sísara huyó a pie hasta la tienda de Yael, esposa de Jéber, el quenita, pues había paz entre Yabín, rey de Jasor, y la casa de Jéber, el quenita. Yael salió al encuentro de Sísara y le dijo: <<Acércate, mi señor, acércate a mí, no temas>>. Entró en su tienda y ella lo tapó con una manta. El le pidió: <<Por favor, dame de beber un poco de agua, pues tengo sed>>. Ella abrió el odre de leche, le dio de beber y lo tapó de Nuevo. El le dijo: <<Ponte a la puerta de la tienda, y si viene alguno y te pregunta: ¿hay alguien aquí?, le responderás: no hay nadie>>.

Yael, esposa de Jéber, agarró una estaca de la tienda y tomó el martillo en su mano, se le acercó sigilosamente y le clavó la estaca en la sien hasta que se hundió en la tierra. Y él, que estaba profundamente dormido y exhaust, murió. Entre tanto, Barac venía persiguiendo a Sísara. Yael salió a su encuentro y le dijo: <<Ven y mira el hombre que buscas>>. Entró en la tienda: Sísara yacía muerto con la estaca en la sien.

El Señor humilló aquel día a Yabín, rey de Canaán, ante los hijos de Israel. La mano de los hijos de Israel fue haciéndose cada vez más pesada sobre Yabín, rey de Canaan hasta que lo aniquilaron.

Débora y Barac, hijo de Abinoán, entonaron aquel día un cántico: <<Cuando se sueltan las cabelleras en Israel, cuando un pueblo se ofrece voluntariamente, ¡benedicid al Señor!

[...]

¡Así perezcan, Señor, todos tus enemigos! ¡Sean sus amigos como cuando el sol despunta en su fuerza!>>.

Y el país estuvo en paz cuarenta años.”

Débora tenía el don de profecía. La gente viajaba desde lejos hasta ella para recibir consejo y justicia. Israelitas venidos de cada una de las tribus la encontraban sentada bajo la sombra de una palmera, en el territorio de Efraim. Allí le exponían sus causas. Débora era jueza y profetisa, pero nunca había liderado un ejército. Por esa razón encarga a Barac que lance un ataque contra el más temible enemigo de Israel: Jabin, rey de Hazor, y su victorioso general Sísara. El relato bíblico no exagera, pues los arqueólogos han constatado que la Hazor de la época del Bronce tardío era la ciudad más grande de toda la región. Para haceros una idea, la Jerusalén de tiempos de Salomón será 5 veces más pequeña de la Hazor de Jabin. Las ruinas de su palacio real, que hoy son visitables, lucen imponentes. Las tribus de Israel, al amparo de Débora, son como una hormiga a punto de ser aplastada por el general Sísara y sus 900 carros de hierro. Por si fuera poco, Barac – el líder militar que Débora había escogido – era muy pusilánime y no confiaba en la victoria. Incluso le suplicó a Débora que le acompañase durante la campaña militar, pues la presencia de la jueza le infundía fortaleza.

El desenlace de esta historia es de lo más curioso. Ambos ejércitos se encuentran a pié del monte Tabor (el mismo lugar donde luego Jesús se Transfiguraría), a tan solo 5 km de Nazaret. Como Débora era profetisa, entrevee que Dios daría la victoria a Israel a través de dos mujeres. Efectivamente, el ejército de Sísara es derrotado en los vados de un arroyo y se dispersa. El general, desesperado y presa del pánico, busca refugio. Una mujer llamada Yael le invita a esconderse dentro de la tienda de campaña de su familia, bajo una alfombra. Rendido por el cansancio y creyéndose seguro, Sísara se duerme en su escondrijo. Entonces, Yael aprovecha y atraviesa su cráneo con uno de los clavos de la tienda. Israel ha ganado. Dios le ha dado la victoria a través de dos mujeres: Débora y Yael. Gracias a esta batalla, Israel se adueñó del valle de Yizreel, la zona más fértil de

toda la Tierra Prometida, finalizando con años de acoso y expolio por parte de los cananeos.

Tras la historia, que nos narra el capítulo 4 del libro de los Jueces, Débora entona un cántico de acción de gracias a Dios que nos transmite el capítulo 5. Se trata de una bella pieza poética escrita en hebreo arcaico y que los estudiosos consideran que es una de las partes más antiguas de la Biblia.

4. **Thinking through! Meditación**

Este relato esconde una valiosa enseñanza espiritual:

- **Sólo Dios da la victoria.** La narración deja muy clara que la desproporción de fuerzas entre Israel y Sísara era abrumadora. Sin embargo, Débora cree en la victoria pues se apoya en la promesa de Dios (Jc 4, 6). Ponte un termómetro y pregúntate cómo anda tu virtud de la esperanza. ¿Confías en que Dios te dará la victoria a pesar de las dificultades?
- **Algunas veces, la primera línea de batalla es la retaguardia.** Vuelve a leer la frase. ¿Verdad que parece una contradicción? El relato dice que Barac fue el caudillo militar, el que peleó contra el ejército, el que dió la batalla, pero... sin embargo, la victoria se adjudicó a Débora: “No será tuya la gloria de la campaña que vas a emprender, porque el Señor entregará a Sísara en manos de una mujer” (Jc 4, 9). Débora está siempre aconsejando, apoyando y sosteniendo. Entre nosotras hay madres, quizá abuelas, hermanas... pero – en todos los casos – somos un puntal que sostiene a nuestras familias. Las mujeres nos caracterizamos por nuestra fortaleza y capacidad para infundir ánimo. En casa, cuando alguien se siente abatido, siempre acude a nosotras. En la familia, todos tienden a buscar refugio en nosotras. Igual que Débora, aconsejamos, apoyamos, sostenemos. Barac no se atreve a dar un paso si Débora no le acompaña: “Iré a condición de que tú vengas conmigo” (Jc 4, 8). ¡No me digas que esta última frase no te la han dicho unas cuantas veces!
- **No escurras el bulto, ¡te toca mandar!** Sorprende que, durante la batalla, la orden de ataque la da Débora, no Barac (Jc 4, 14). En la actualidad, el “pasotismo” se ha instalado entre los padres, se claudica. Solemos bajar los brazos y rendirnos. No aguantamos la cruz. En cambio, Débora es una mujer de acción. Apoyada en la promesa de Dios, sabe ocupar su lugar. Lo que tú no hagas, quedará si hacer. El hueco que ocupas en tu familia es insustituible, aunque a veces no te lo reconozcan. Barac se caracteriza por su actitud pusilánime y acomplejada, tiene miedo. Débora es valiente, decidida, echada pa’ lante. En una palabra, sabe estar a la altura de las circunstancias.
- **Detrás de una mujer activa, hay un alma contemplativa.** Débora sabía luchar porque sabía rezar. El capítulo 5 de los Jueces es una ventana a la profundidad de su vida interior, cuya nota dominante es la confianza en Dios. También nosotras, como baluarte espiritual de nuestras familias, debemos ser mujeres de gran vida interior.
- **El título más bonito de Débora.** Ella era jueza, profetisa, guerrera... pero su título más bonito es el de madre. El cántico que sigue a la victoria la aclama como “madre de Israel” (Jc 5, 7). Hoy vivimos en la “sociedad de los currículums”. Una mujer es importante conforme a los títulos o cargos de poder que ostenta. La maternidad está poco considerada, devaluada. Sin embargo, Débora ejerce una

“maternidad espiritual” sobre Israel. Como mujeres no podemos dejarnos despojar de nuestro mayor orgullo. Obviamente, la maternidad hace referencia al plano biológico, pero también al espiritual. Sobre todo, al espiritual. Estoy hecha para ser madre de muchos, a través de mis consejos, intuiciones, capacidad de liderazgo. El don de mi maternidad es necesario tanto en mi casa, como dentro de la iglesia. Estoy hecha para “dar a luz en la fe” a muchos hijos. Los cauces que la parroquia me ofrece para ello son numerosos, desde la catequesis hasta un montón de formas de apostolado.

- **Una aclamación que me suena de algo.** Leyendo me topo con un saludo conocido. Se dirige a Yael, la que clavó la cabeza de Sísara contra el suelo. El cántico la llama “bendita entre las mujeres” (Jc 5, 24). Curiosamente, cuando Isabel saludó a la Virgen María retomó esta frase. La razón puedes intuirlo ya: María nos da la victoria definitiva en nuestra lucha contra el pecado. La victoria contra Sísara fue sólo un anticipo de la batalla definitiva contra Satanás que Jesús vence. De hecho, el libro del Apocalipsis describe a María enfrentándose a un gran dragón (Ap 12, 1-18). De esta forma, aunque Débora y Yael son modelo de la mujer fuerte, ambas miran a la Virgen María como si de un espejo se tratara. María compendia todas las virtudes que deben adornar a la mujer de Dios. Ella nos enseña a ser valientes en nuestra lucha contra el mal.
- **La unión hace la fuerza.** Débora logró unir a varias las tribus de Israel para que combatiesen juntas, para que cada una olvidase sus intereses particulares. De esta forma, la mujer aparece como factor de unidad. Frente a la cortedad de miras, Débora crea familia en torno a ella. Siempre, las mujeres hemos tenido la asombrosa capacidad de reunir, de crear hogar. Tenemos un don para ello. Tenemos más tacto, como un sexto sentido, mayor capacidad de acogida. A falta de unidad política, Débora ejercía cierta función maternal que atraía y unía a multitud de israelitas dispersos. De hecho, la región de Efraín – donde ella vivía – era el centro geográfico del país. Así, incluso físicamente, Débora permanecía como signo de unión.

5. **Share it out! Compártelo**

- ¿Sé *acompañar* a los míos con mis consejos? Una mujer valiente, como Débora, es como la ‘directora espiritual’ de su casa.
- ¿Genero el *clima adecuado de confianza* a mi alrededor para que los demás encunetren en mí refugio y apoyo? ¿Sé cumplir mi labor de “ángel de la guarda” de los míos?
- ¿Me dejo abrumar por las circunstancias adversas o sé “dar la batalla”? ¿Dónde encuentro mi fuerza en los momentos de desánimo? ¿Me apoyo en Dios?
- ¿Ejercer mi *maternidad espiritual* poniendo mis capacidades al servicio de Dios y de la propagación del Evangelio? ¿Escondo este talento que Dios me ha dado?
- ¿Soy *punto de unión* para mi familia y amigos o siembro discordia? ¿Soy terreno donde todos pueden reconciliarse?

6. **Let’s pray! Reza**

Para cerrar la sesión, os propongo una oración en la que pedimos al Espíritu Santo el *don de consejo* que distinguió a Débora. Ten siempre cerca estas palabras. Te ayudará mucho

rezarlas cada mañana o antes de aconsejar a algún miembro de tu familia que esté necesitado de tu palabra.

Oh Espíritu Santo,
Amor del Padre, y del Hijo,
Inspírame siempre lo que debo pensar,
lo que debo decir, cómo debo decirlo,
lo que debo callar, cómo debo actuar,
lo que debo hacer, para gloria de Dios,
bien de las almas y mi propia santificación.

Espíritu Santo, dame agudeza para entender,
capacidad para retener,
método y facultad para aprender,
sutileza para interpretar,
gracia y eficacia para hablar.
Dame acierto al empezar
dirección al progresar
y perfección al acabar. Amén.